



LA ESTRELLA DE CAMPOS.

«¿Veis ese alto castillo,
cuya torre al cielo llega?...»
Comedia antigua.

La historia militar de nuestro país puede estudiarse perfectamente en los monumentos que alzó el brazo de la guerra sobre su pintoresca superficie. Desde la atalaya ruda y primitiva hasta la moderna castramentación existe una serie sucesiva y conexas de obras centenarias, en donde se revela con claridad el progreso del arte y la fisonomía de los tiempos. Es como una vastísima crónica, cuyas hojas esparcidas por do quiera forman ordenado y significativo conjunto, que descubre sus relaciones de sucesión con el exámen de unas y otras en sintética y comparativa observación. Esta circunstancia, notable en todos los pueblos europeos, lo es mas particularmente en nuestra España, donde las continuas luchas formaron un elemento activo de la organización nacional. A contar desde los tiempos fabulosos de la tradición, no hay raza belicosa que haya dejado de probar en este suelo su valor y su fortuna.

Prescindiendo de las edades primitivas, hallamos á Aníbal sobre Sagunto, y á Scipion al frente de Numancia, Cartago y Roma, las repúblicas rivales de la antigüedad, renovando ante el mundo el miserable espectáculo con que Atenas y Esparta mancharon los esplendores de la era olímpica, se disputaron sucesivamente los sangrientos trozos de este eden occidental. Vinieron luego las lides odiosas de Pompeyo y César, de Sila y Máximo; y tambien la península Ibérica vió enrojecer sus campos y sintió retumbar sus valles con los furiosos de Belona. Se lanza luego el Norte sobre el Occidente, y á la voz de Alarico caen las águilas del imperio, como al grito de los levitas las murallas de Jericó. La dinastía goda, serie tenebrosa de asesinatos, traiciones y liviandades, que cuestan sangre y llanto á la nación, termina lastimosamente en la catástrofe de Jerez. Los soldados de Muza y de Tarik estienden el victorioso alfanje desde las orillas del Guadalete hasta las montañas de Leon. Y entonces da principio aquella batalla de siete siglos, que tuvo por campo á toda España, por contendientes á dos razas, y por banderas dos civilizaciones. El canto de victoria resonó al fin sobre las torres de Alhama. La nación de Pelayo se cobija triunfante bajo la sombra de la cruz. Ya existe nuestra nacionalidad. Pero aun hay enemigos que vencer. Y fuimos á Italia con Gonzalo, al Asia con Roger, á América con Colon y Hernán Cortés, al Africa con Cisneros y D. Alvaro de Bazán. Y de aquellas magníficas campañas trajimos estudio y experiencia que utilizar en defensa de nuestro hogar. La sucesión austriaca dió margen á la gran contienda con la casa de Borbon sobre el equilibrio europeo. Francia vió humillada su orgullosa envidia en Pavia y San Quintín. Y perdió su bandera en

Gravelinas. Y nuestros veteranos montaron las guardias de París. Las contiendas de Flandes, la insurrección de las Alpujarras, la campaña de Portugal y el asedio de la ciudad eterna fueron cruentos episodios de aquella tiránica monarquía, que tambien llevaba los tercios invencibles á combatir contra la Liga de Senakalda, que vió tremolar con gloria el pabellon castellano desde el Sund hasta el estrecho de Magallanes, y bajo cuyos esforzados campeones la infantería española conquistó la soberanía de las armas de Holanda y Alemania, en Lombardía y Francia, lo mismo contra Mauricio de Sajonia y el príncipe de Orange, que contra Selim el Beodo, y Enrique de Valois. Estinguida la dinastía tudesca después del misero reinado del último Borbon, que tan hondas llagas abrió á la monarquía por las terribles campañas con Luis XIV, vino la guerra de sucesión con sus asedios de Lérida y Barcelona, con sus jornadas de Almansa y Villaviciosa, y con el triunfo de la rama de Borbon. Para afirmarle contra la mala disposicion de Europa, hubo que combatir con los imperiales en Bitonto y en Campo-Santo, sobre el golfo de Génova y las márgenes del Var. *El pacto de familia*, lunar funesto de un reinado feliz, hizo tambien desenvainar mas de una vez la espada contra la codiciosa Albion, y hacer frente después á la Francia en los violentos albores de su revolucion. Y en lo que llevamos de siglo, España puso el pié sobre el cuello al corso imperial, y ha combatido tres veces por su libertad.

Este cuadro, trazado á grandes rasgos, contiene en sí otros lineamientos menores que contribuyen al tono y espresion del conjunto. Son pues las innumerables contiendas de estado á estado y de interés contra interés que han encendido continuamente la tea de la discordia en este suelo. Verdad es que la guerra civil parece haber aquí establecido su funesto altar. Desde Perpenna y Sertorio, y sin detenernos en las horribles tragedias de la estirpe gótica, encontramos durante la reconquista á Portugal contra Castilla, á Castilla contra Leon, á Leon contra Galicia, á Navarra contra Aragon, á este contra otros, y á cada uno contra todos los demás. Las particiones de las monarquías por los reyes tambien fueron abundante origen de trastornos y combates. Diganlo si no los hijos de Fernando I y de Alonso VII. Las enesbaciones de sangre produjeron episodios tan tristes como el del príncipe de Viana y el de los infantes de la Cerda. La ambicion fratricida engendró dramas inexorables como el asesinato de Montiel y el infortunio de Blanca de Navarra. Y con causas mas ó menos hipócritas se nio de Blanca de Navarra. Y con causas mas ó menos hipócritas se alzaron los pendones de la rebelion por próceres infieles, como Nepoalciano y Vela, y hubo jornadas como las de los llanos de Olmedo y las márgenes del Narcea. Minorías régias cual la de Fernando IV y la de Alonso XI dieron pábulos á ominosas lides entre los hijos de una misma patria. Y entre otras escenas de cruenta memoria, el levantamiento de las comunidades, las insurrecciones de Cataluña, las germanías de Valencia y las alteraciones de Aragon apelaron á las armas contra los desafueros del poder. La justicia pública estalló tambien mas de un dia contra el favoritismo palaciego: testigos D. Alvaro de Luna

18 DE DICIEMBRE DE 1885.

el jesuita Nithard. Y el despotismo fanático hizo formar tempestades que enrojecieron y amenguaron el ámbito español. Flandes, Portugal y la Alpujarra guardan el lúgubre testimonio de esta verdad. Y el rey en fin lidiaba contra los súbditos, y los magnates se degollaban entre sí, y las familias y las poblaciones inficionadas del vértigo de inquietud y bandería, hicieron de continuo al país palenque de odios y desolaciones.

Esta inmensa série de discordias y combates dejó sobre la haz del país marciales vestigios y perdurables monumentos. Y entre los mas importantes se cuentan las obras de fortificación. Pues siendo entonces preciso á los contendientes asegurarse sobre el teatro de los sucesos y crearse elementos de dominación sobre el enemigo, de aquí las líneas de torres y atalayas, los sistemas de castillos y muradas villas que guarnecían por todas partes las posiciones naturales de nuestra topografía. Y como fueron producto técnico y multiforme de aquellos siglos y sucesivas razas, quedó impreso sobre ellos su respectivo tipo. Cada una de esas construcciones fué modelada conforme al estado en que á su fecha se encontraba el arte. De suerte que reasume en sí la fórmula característica y concluyente de su tiempo, tan clara y perfecta como en los anales del historiador. Basta poseer algunas nociones generales de las antigüedades, para descifrar esos vastos jeroglíficos de piedra, y para adivinar el misterio de su origen y filiación. Porque habiendo sufrido la escuela de Marte continuas y radicales vicisitudes al tenor de la experiencia, de las costumbres de los pueblos y los adelantos de la inteligencia, se marcan de tal modo en la fisonomía del edificio los tránsitos y refinamientos de la arquitectura militar, presentan condiciones tan diversas y espresivas, que no puede escaparse su apreciación á la crítica del investigador. Las murallas fabricadas para resistir al ariete, se diferencian radicalmente de los muros destinados á las iras fulminantes del cañón. Las vetustas fortificaciones góticas y romanas de Toledo y Lugo revelan un sistema de guerra incomparable con los sitios modernos resistidos por los bastiones de Pamplona y de Monjuich. No es posible confundir los reparos usados en tiempo del arma blanca con las posteriores á la invención del fuego. Esta fué la grande, la inmensa revolución de la ciencia militar. Cuando los guerreros combatían con el ariete y la catapulta el real del enemigo; cuando los únicos proyectiles eran la piedra disparada de la honda y la flecha del arco; cuando el testudo y la torre eran los medios de tomar los muros asediados, bastaba coronar de sillares una colina, guarecerse tras de un riachuelo, cercar el fornido torreón con la profunda sima y los aéreos canes para desafiar el poder del mas aguerrido ejército. Bien que entonces tampoco habia tropas permanentes, las campañas eran cortas, y las operaciones difíciles. Y hé aquí otra razon en pro de las antiguas fortificaciones.

Partiendo de los tradicionales precedentes, ningún registro se halla mas gráfico y copioso para estudiar el curso de las guerras y su influjo sobre la profesion de las armas, que la coleccion de obras defensivas esparcidas por los ámbitos de la península, y que forma un album de tan pintoresca perspectiva como curiosa ilustración. Apenas se presenta el anticuario al pié del monumento, le ofrece la patente de su abuelo. Así el ropaje revela el tipo de la estatua, la fisonomía descubre la raza del gigante, y el cuadro hace adivinar al pintor.

Así pues, desde la vez primera que con los ojos del arte vimos el castillo de *Torremormojón*, pudimos determinar su fecha. Las troneras abiertas sobre sus baluartes son las inscripciones de su nacimiento. Aquella cruz latina, símbolo marcial de la guerra santa, caracteriza toda una época. *La estrella de Campos* es obra de los cruzados, al regreso de las heroicas expediciones. Igual resultado nos da el género de su arquitectura. Los robustos machones, donde arranca el arco gótico-primitivo de las galerías, manifiestan la reciente innovación que los paladines cristianos introdujeron en el estilo á su retorno de Palestina. Apenas el pilar lombardo ha perdido aquí sus formas pesadas, y la elipse germánica no se atreve casi á romper el semicírculo bizantino. Presentan aun esas crujías el aire sombrío y austero de una abadía sajona. Y convertidas hoy en amenazadora ruina, azotada solamente por el soplo del cierzo, tienen una fisonomía que impresiona profundamente la imaginación. El corte de las arcadas, el tipo de los pilares y la disposición general de éstos pasadizos tienen notable analogía con los corredores internos del castillo de *Villaiba de Alcoz*, aunque es menor en antigüedad. Las obras de defensa de *Torremormojón* tambien indican el adelanto del arte al tiempo de su acontecimiento. Los redondos torreones, poco mas altos que los muros, ya substituyen aquí á las primitivas torres cuadradas de gran elevación, marcando el progreso en el estudio y servicio de los tiros de flanco. Las líneas de saetas y adarbes atestiguan con evidencia el grado de aprovechamiento que el manejo de las armas obtenia entre los hombres de aquel tiempo. En esos parapetos se hallan troneras de muchos géneros y destinos. La almena abierta y la aspillera redonda; la mina espaciosa y la angosta ladronera; el boquete trasverso y los canes verticales, todo se empleó por el artista en la combinación de este formidable alcázar. Domina en

su artefacto el sistema del arma blanca, para el cual le daba poderosas ventajas su fortísima posición.

Asentado en la cúspide agria y eminente de un cerro colosal, el mayor y mas escueto de todo el país, señorea inmensidad de terreno hasta los puertos de Manzanal, á la entrada de Galicia, y las sierras de Guardo, y las lontananzas de Palencia, en vastísimo é insondable panorama. Esta culminante localidad dió origen á su denominación primitiva (1), y después al título alegórico que la distingue de todas las demás. *La torre del mayor mojon* apellidaron á la orgullosa fortaleza sus antiguos castellanos. Porque efectivamente el collado no tiene igual en toda tierra de Campos; y porque como la cadena de que forma parte, fué una de las primeras líneas divisorias entre el reino de Leon y el condado de Castilla, seria uno de los *mojones* ó signos de limite de la frontera, y transmitir á la fortaleza el nombre de su topográfica superioridad. Corrompida con el tiempo la frase, y perdida la significación de la abreviatura *mor* (cifra anticuada de *mayor*), se redujo á la actual fórmula de *Torremormojón*. Esta etimología nuestra es tan clara y lógica, que no puede ocultarse al criterio del anticuario. Los pueblos, además, con esa fantasía elocuente y poética que revela sangre meridional, la llamaron «ESTRELLA DE CAMPOS.» y así le conoce la tradición. Decían bien. Ninguna definición puede darse mas rica ni feliz. Es una imagen que vale toda una descripción. ¡*La estrella de Campos!*... Tuvieron razon. Ella aparece perdida en el espacio; ella domina la inmensidad; ella es la reina del confin. Los pueblos la miran descollar por sus campanarios, que junto á ella parecen matorrales pegados á la roca; los cerros y alcoradas besan humildes sus piés; los moradores la ven desde el fondo de los valles tras los rotos muros de las villas; y apenas desde las mas lejanas cumbres el viajero tiende la vista por las llanuras góticas, *Torremormojón* levanta su silueta solitaria entre los senos del ambiente y las confusas perspectivas de un horizonte vastísimo y deslumbrador. Ella tambien servia de atalaya para la defensa del país; era la guia para las operaciones militares; proporcionaba amparo, custodia y centro de acción en los azares de guerra... era en fin la estrella que domina en las alturas, la estrella que brilla en medio de la tempestad, la estrella que conduce al punto de salvación. ¡Bien decían los campesinos! *La estrella de Campos era su Torre del mayor mojon!*

Establecida sobre la línea meridional del camino entre Médicos de Rioseco y Palencia, con la pequeña villa al pié, á la puerta S. O. del escarpado cabezo, aislada en torno, y fuerte por la naturaleza y por el arte, su plano hace un cuadrado, cuyas dimensiones daremos después. Precede al recinto exterior en la cortina del Poniente una obra avanzada para defender el ingreso de la plaza. Compónese de una luneta ó medio baluarte, que arrancando de un murallón cuadrilongo con 40 piés de línea y 18 de grueso, traza una curva saliente de 50, y presenta un alzado de 28 hileras de abultado sillarejo, con el correspondiente coronamiento de almenas y aspilleras, abiertas en los andenes del terraplen. Era este cuerpo de fortificación, además de un puesto avanzado, el vestibulo del castillo y el paso preciso para la puerta principal. Abierta esta en el muro del primer recinto, á bastante altura del suelo, sobre una escarpa inaccesible, para entrar en la fortaleza habia que subir á la luneta exterior, y de ella se transitaba á la portería por medio de un inmenso puente volante que desde ella caía sobre el glacis del luneto sobre un espacio de muchos piés, en cuyo intermedio se levanta todavía el pilastón destinado á sostener el levadizo, que sin este sustentáculo se apandaria por su largo trayecto bajo el peso de la guarnición. Con este sistema tan ingenioso y seguro quedaba el castillo perfectamente defendido por su parte mas aventurada. Pues nada importaba que el enemigo tomase por sorpresa ó por armas el puesto avanzado de prevención. Levantado el puente y dominada la plataforma por los cuerpos culminantes de los recintos principales, ni podia permanecer allí sin ser inmediatamente aniquilado, ni menos penetrar en la plaza, por ancho y profundo espacio separada de él. En ningún otro castillo feudal habíamos hallado semejante disposición castramentaria, que llama notablemente la atención y prueba la inteligencia y celo desplegados en los reparos y guarda de este importante fuerte.

Honda y ágría cava circua en torno el trazado general, compuesto de tres líneas completas de fortificación, que se dominaban y protegían del centro á la periferia. Constituye la primera un cuerpo cuadrangular de murallas, con nueve piés de codal y treinta hileras de elevación. Flanquean sus cortinajes nueve fornidos cubos, situados en los ángulos y en los intermedios de cada frente, formando baterías de flanco, mutuamente protegidas, que limpiaban los fosos y escarpas, y ponían á cubierto los grandes lienzos del murallaje. Coronados estos y los baluartes por almenas alzadas sobre parapetos, y horadados unos y otros por ladroneras para toda clase de proyectiles, podia dispararse

(1) Torre del mor (mayor) mojon.—Corrompido hace Torremormojón.

á la vez una lluvia de flechas, venablos, piedras, y cuantos instrumentos arrojados ofrecia entonces la furia de la guerra. Pues las espaciosas azoteas y vastos terrados que sobre aquellas obras existian, permitian á los defensores manejarse con holganza, y acudir en gran número sobre los puestos atacados, con superioridad incontrastable. Cómodas y abundantes escalinatas daban acceso á los puntos altos, y hacian fácil el servicio y abastecimiento de las líneas. Por la parte interna daba entrada á varias casamatas bien construidas y acondicionadas, que servian para cuerpos de guardia, y abrian la bajada á los sótanos de la fortaleza. Las dimensiones de este recinto son estensas en todas sus partes. Ciento y veinte piés próximamente cuenta cada frente trasversal sobre el glacis por la línea interior: dos de fondo y nueve hiladas de altura dan los almenares; los cubos intermedios ofrecen al nivel del plano cincuenta piés de curva, y sesenta y seis de circulo en el espacio de la plataforma, con treinta y siete hiladas de alzada; los ángulos tienen ochenta y seis piés de circunferencia, llegando el del N. hasta ciento, con una planicie de noventa en su terraplen, haciendo unos y otros diez de espesor, y mediando entre ellos cincuenta y cinco piés de cortina recta. Lo cual presenta un frente de ciento y diez; que unidos á los treinta y cinco que sirven de base diametral al cubo céntrico, y á los cuarenta y dos, poco mas ó menos, que embebe el torreón angular en el cuarto de circulo que describe sobre cada frente desde el vértice ó interseccion de los lienzos, producen una línea fortificada de ciento ochenta y siete piés, y su perimetro de seiscientos cincuenta y ocho en el recinto exterior. Se entra en él por la puerta principal, rasgada en el muro del Poniente, segun dejamos explicado, entre dos tambores y bajo un cuerpo montante de canes verticales, cubierto todo por un almenar corrido con las defensas correspondientes. El segundo orden es un cuerpo de edificio, separado de las murallas por un espacio de cuarenta y seis piés, con setenta de línea y cincuenta hiladas de elevacion, todo grandemente maltratado. Debió hallarse defendido por líneas de almenares, establecidas sobre su parte superior, con algunos tramos de canes. Pues de otro modo, no teniendo baluartes ni cuerpos salientes, tomado el primer recinto, carecian de defensa sus lienzos rasos, bajo la vertical de los tiros superiores. Y no es creíble semejante defecto en una fortaleza de tanto interés y tan soberbia construccion. Un rastrillo ojival daba ingreso á este orden de fortificacion por la cortina de Levante, precedido de un terraplen exterior, necesario para ganar su altura y hacer mas costoso el acceso. Desemboca sobre la galería principal del castillo, formada por arcadas elípticas, cubierta por fortísimas bóvedas de sillaría, con aristas, y sostenidas por machones góticos de la primera época. Sobre este corredor se debia alzar otro de trazas análogas, para dar salida á la azotea, que servia de glacis á este espacioso alzado. En el centro, y descollando culminante y aérea, arranca la torre del castillo, que hacia el tercer atrincheramiento de su conjunto militar. De forma cuadrangular, con veinticuatro piés de anchura y cuarenta de longitud interiores, se eleva en cuatro pisos, que dan cuarenta hiladas de altura sobre la plataforma de las galerías; ciñéndola en sus tiempos marcial corona de robustos canes y caladas ladroneras en los supremos bordes de su altísima y deslumbradora cúspide, perdida en el viento y en la inmensidad.

Bajo su planta tiene inmensos sótanos para el servicio de la guarnicion. En ellos estaban los abastecimientos de vituallas, depósitos y cuantos departamentos en estos edificios son necesarios. En ellos está *La cuba de piedra*, que llaman los naturales del país, y adornan con varias consejas de cierto moro cautivo y sendos adminículos propios de tales casos, pero que no es mas que uno de los algebres para el riego de aguas. Por cierto que creemos debian cebarse por los foros del lienzo N.; pues hay en su centro un baluarte angular, que parece destinado á cortar las aguas profundas, y dirigidas á unos conductos ya ciegos, que se descubren en el muro, á flor de tierra.

Los sencillos paisanos contemplan con cierto pavor la descuidada fortaleza, cuyos subterráneos suelen servir de albergue á los malhechores. Porque algun viajero pagó ya su curiosidad, quedando maniatado y maltrecho por tan siniestros huéspedes. Así es, que durante nuestra expedicion á la fatidica torre, que se prolongó por algunas horas, hubo quien ya nos contemplaba sumidos en alguna de sus negras mazmorras, renovando la escena de Gil Blas en la cueva de Rolando, bajo la férula de algun «señor de vidas y haciendas.» Y aquellas buenas gentes, cuando descendimos del altozano, nos miraban eñaricoteadas, jurando por la portada del calendario que habian estado con el alma en un hilo por nuestra importante salud. Si tardamos mas en volver, trazas llevaban de tocar á rebato: pero de fijo no hay un prójimo capaz de asomar las narices por ese fantástico Argel. Unicamente por costumbre singular ascienden á la sombría fortaleza los honrados labriegos de *Torremormojon* en los dias de torna-boda, que pasan sobre aquellas alturas, triscando alegremente, para que Dios conceda á los novios, como dice el D. Hermógenes del café, numerosa y masculina sucesion.»

Pero *Torremormojon* es hoy la sombra de lo que fué. Sin rastrillos, sin lomas ni poternas, está á la merced del vandalismo. Los muros se derruyen, las bóvedas se desploman, las piedras amontonadas destruyen los pórticos, y la torre pronto acabará de desaparecer. Allí reinan la muerte y el olvido. Y la mano del tiempo y el abandono de los hombres tienen sobre estas ruinas un manto tristísimo de hielo y soledad. Desiertos los dismantelados baluartes, crece agreste yerba sobre sus solitarias esplanadas. Y solamente interrumpe el silencio sepulcral de aquellas vetustas galerías el ruido de los sillares, que desprendidos de sus bóvedas, ruedan por los hacinados escombros, y cuyo eco sordo y pavoroso se estingue lentamente por aquellos mudos y desolados ámbitos! El arqueólogo no mas con ese espíritu característico y aventurero, con el valeroso amor al arte, hijo del entusiasmo y del sentimiento, se atreve á penetrar bajo aquellas naves que estan desplomando las dobelas sobre su cabeza; á encaramarse por los desmoronados murallones que tiemblan á la presion de su pisada; y á escalar los restos vacilantes de la torre, que ha de arrancar un día la ráfaga del vendabal. Para el corazon de los artistas hay en todo esto un atractivo vehemente, un encanto arrebatador, un goce que solo comprenden las almas de mágico poder. Allí se respira el aura de otros siglos; allí se hace uno el hombre de otra época; allí se ensancha la mente en una atmósfera de poesia, meditacion y éstasis!... Y se habla á los genios; y se evocan los fantasmas; y en el rumor del insecto que cruza por el polvo, en el silbo del viento que muge por las azoteas, en el eco de nuestros propios pasos, perdidos á la ventura por aquellas soledades, creemos oír la voz misteriosa y aérea de la antigüedad, que brota entre los fragmentos y se desliza por las grietas, para revelar los arcanos de lo que fuera, y susurrar á nuestros oídos memoranzas que no tornarán á ser.

V. GARCIA ESCOBAR.

BIOGRAFIA

DE DON ALVARO DE NAVIA Y OSORIO,

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO, VIZCONDE DEL PUERTO,
FUNDADOR DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

El periodo en que vivimos hará época en la historia de España por el espíritu de charlatanería que le caracteriza. A todas horas vemos pregonar grandes nombres históricos, citar hechos famosos, dar los nombres de unos y otros á calles y plazuelas, pronunciar discursos llenos de vulgaridades históricas; y sin embargo, apenas sale á luz una obra que indique un estudio concienzudo de nuestra historia, y que demuestre que aquellos nombres y aquellos hechos sirven para algo mas que para manosearlos. Y entre tanto nombres gloriosos, nombres de españoles que lo sacrificaron todo en servicio de su patria, que alcanzaron en vida merecida fama, yacen en el día olvidados, á pesar de tanto y tanto sabio articulista é historiador en embrión.

Esta comun desgracia cupo á D. Alvaro de Navia y Osorio, célebre general, diplomático y escritor. Nació D. Alvaro en el principado de Asturias por los años de 1688, cuando la dominacion austriaca en España tocaba á su fin. Su padre, señor de la villa y puerto de Navia, era de la nobilísima sangre de los Navias y Osorios, y poseedor de estas dos ilustres casas; su madre pertenecia á la no menos noble familia de los Argüelles, bien conocida en Asturias. Crióse D. Alvaro al lado de sus padres, quienes le dieron una educacion digna de su clase. Era esto en tiempo en que, por muerte de Carlos II, habia ocupado el trono de España una nueva dinastía, rama de la ilustre casa de Borbon, y con ella se habian inaugurado en esta monarquía una nueva política y un nuevo sistema de gobierno. Pero como si la Providencia hubiese condenado á la nacion española á no dar un solo paso en la senda de la civilizacion sin que la costase rios de sangre, vió á toda Europa conjurada en daño de su joven rey Felipe V, quien no solo tuvo que luchar contra las extranjeras fuerzas coaligadas, si tambien contra las matemtibles de los súbditos catalanes y aragoneses rebeldes. Triste cuadro ofreció entonces la península ibérica; la guerra asolaba en todas partes sus mieses, quemaba sus aldeas, arruinaba sus ciudades; hombres de todas religiones, de todos los países del mundo, dirigian contra ella las ensangrentadas armas, y animaban á sus hijos á despedazarse mutuamente. Jamás habia sufrido esta heroica nacion una lucha tan funesta.

Pero en medio de este cuadro de ruina, la imaginacion se sienta fuertemente conmovida al recordar los portentosos, los increíbles sacrificios que el pueblo castellano hizo en aquella ocasion por sostener el trono de su joven monarca. Todo lo que una nacion tiene que dar: sangre, su riqueza, sus posesiones, su glorioso pasado, todo lo dió aquellos pueblos por Felipe V. Cuando espiró Carlos II, no tenia España

na ejército, ni hacienda ni marina; á los pocos años sostenía una lucha prolija contra la mayor parte de la Europa reunida, y ganaba batallas en Almansa, Gudiña y Villaviciosa.

No fué el antiguo principado de Asturias de los que menos se señalaron por su desprendimiento y decisión; no bien habían penetrado en España los primeros batallones portugueses y británicos, cuando voluntariamente ofreció al rey un regimiento completamente armado y equipado, y habiéndole dado S. M. la facultad de elegir los oficiales, nombró su coronel al vizconde del Puerto que acababa de concluir sus estudios. A la cabeza de sus fieles asturianos prestó D. Alvaro importantes servicios en todas aquellas sangrientas campañas, y particularmente en el reino de Valencia. Tomada Tortosa, pasó el vizconde con su regimiento, por orden del duque de Orleans, á la recuperación del reino de Sicilia, y contribuyó á restablecer el sosiego en aquel reino. De allí se le destinó al recobro de Cerdeña, en donde quedó por segundo comandante; aunque en breve, conociendo el jefe su talento, le abandonó todo el mando, que desempeñó hasta 1721, en cuyo año el tratado de la cuádruple alianza obligó á España á evacuar aquella isla.

Las extraordinarias pruebas de capacidad que diera el vizconde, le habían acreditado de uno de los mas estudiosos é instruidos de nuestros generales; por cuya razon el gobierno español resolvió aprovechar sus buenas cualidades en materias ajenas de la milicia, y le nombró su embajador en la corte de Saboya. Fué muy bien recibido el marqués por aquella corte y por el duque reinante, quien llegó á tratarle con gran confianza y á distinguirle sobre los demás embajadores, atención debida en gran parte á las excelentes cualidades de aquel ministro. Permaneció D. Alvaro en Turin hasta que, caído Riparda, se trató de celebrar un congreso general en Limons, en cuya ocasion le nombró el rey su segundo plenipotenciario en aquel congreso, y embajador extraordinario en la corte de Luis XV. La eleccion no pudo ser mas acertada, pues el vizconde era ya ventajosamente conocido en Europa como buen escritor y hábil militar por su tratado de *Reflexiones militares*, obra que con razon fué considerada como una de las mejores que sobre el arte de la guerra se habían escrito.

A su llegada á París se unió Santa Cruz con Macanaz y Barrenechea, plenipotenciario de España, y juntos todos, trataron de apartar á la reina Isabel Farnesio de la engañosa alianza del cardenal Fleury, y hacerla adoptar una política mas franca, decidida y decorosa; pero no solo no lo pudieron conseguir, sino que desde aquel momento quedaron espuestos á la ira de aquella violenta soberana y á la de su no menos orgulloso ministro D. José Patiño. No tardó Santa Cruz en recibir repetidas pruebas de esta mala voluntad; mas consolábale la buena acogida que tuvo en la corte de Francia y el aprecio de los hombres eminentes de aquella capital, cuya amistad supo granjearse por su amable trato, su veracidad, rectitud, desinterés y aplicación; hasta el pueblo parisiense llegó á conocerle y estimarle, como lo manifestó claramente á su muerte.

Rotas las engañosas negociaciones de Soissons, fué llamado Santa Cruz á España, y salió de París con general sentimiento de aquella corte, después de haber sufrido gran menoscabo en su patrimonio, pues el exhausto tesoro español, consumido en inútiles, aunque gloriosas guerras, no alcanzaba para pagar á los ministros, quienes con frecuencia veían arruinada su casa por sostener el honor del escudo de España.

Conociendo el recto y prudente Felipe V el mérito del marqués, quiso darle la secretaría de guerra, vacante por la salida del marqués de Castelar á la embajada de Francia; pero dominado, sujeto, tratado como un prisionero de Estado por su esposa, no pudo Felipe en esta ocasion, ni en otras muchas, poner por obra sus buenos propósitos, y antes al contrario, la estimacion que le manifestaba el monarca perjudicó en extremo á D. Alvaro de su privanza; pues temeroso el primer ministro D. José Patiño, aprovechó la ocasion de hallarse vacante el gobierno de Ceuta por marchar su gobernador, conde de Charuy, mandando las tropas que pasaban á entregarse de las plazas de Toscana, y eligió á Santa Cruz para que le reemplazase en aquel mando, ordenándole trasladarse á la costa de Africa, y premiando de este modo sus extraordinarios servicios.

Un año hacia que se hallaba D. Alvaro en Ceuta, cuando salió de los puertos de España la célebre expedicion que, al mando del conde de Montemar, se dirigió contra Oran y Mazarquivir: incorporóse Santa Cruz al ejército expedicionario con algunas tropas cuyo mando se le confió, nombrándole al mismo tiempo, y como en desagravio, teniente general, con cuya graduacion asistió á la toma de aquellas plazas y se encargó de su mando y del de aquellas fronteras. En ellas recibió al poco tiempo gloriosa muerte aquel incólito español, pues habiendo ordenado en 22 de noviembre de 1752 una salida contra los muros que cercaban á Oran, fué muerto en ella con otros generales y soldados. Dudóse por algun tiempo de su suerte, pues no se encontró su cadáver en el campo de batalla; pero no habiéndose tenido nuevas suyas, por mas que se procuraron, y no pidiendo los moros su rescate,

se acabó de confirmar la noticia de su muerte. Fué su pérdida universalmente llorada: echóse en cara á la corte de España el mal pago que habia dado á tan esclarecido militar; y el principe heredero D. Fernando, que, aunque no á las claras, representaba el partido opuesto á su madrastra, dijo públicamente que mas hubiera querido la pérdida de nuestras posesiones africanas que la del marqués. Murió D. Alvaro de Navia y Osorio á los cincuenta años escasos de edad y treinta de relevantes servicios; habia casado tres veces, y tenido nueve hijos de sus diferentes mujeres; era de mediana estatura, pero proporcionado; algo grueso, de hermoso rostro, de genio muy facil de irritar, pero mas pronto aun en aplacarse y en pedir perdon de una falta, cualquiera que fuese la condicion del ofendido; su generosidad rayó en exceso, y dejó su casa muy empeñada por el servicio y decoro de la monarquía. Fué, como ciudadano, honrado padre de familia, noble, amable, desinteresado; como soldado, uno de los mas entendidos y valientes de aquel tiempo que produjo los Montemar, Gages y Minas; como literato, uno de los mas eruditos de aquel siglo de erudicion.

Los once tomos de sus *Reflexiones militares*, el último de los cuales escribió y publicó en París, manifiestan su vasto genio y prodigioso estudio; pero dan aun mas á conocer su buen corazon y su inclinacion al bien, á la justicia y misericordia; pues tanto cuidado puso en que su obra sirviese para hacer buenos generales como hombres previsores, jueces severos y padres caritativos; concibiendo y esplanando perfectamente la idea de que la milicia es un sacerdocio, y el único objeto de su instituto el de conservar la paz previniendo la guerra. Sus obras se tradujeron durante su vida en Francia, Holanda é Inglaterra, siendo recibidas en todas partes con igual estimacion. Su idea era continuarla hasta completar veinte tomos, á cuyo fin tenia recopilada la materia de los nueve restantes, con otros muchos datos para la *Historia de los tratados de paz y alianza de España*, obra colosal que habia emprendido y para la cual se le habian enviado de orden del gobierno de Madrid copias fieles de los documentos existentes en los archivos de España. Es muy de sentir que no pudiese llevar á cabo una empresa tan útil á la historia nacional, y que su pluma no hubiese llenado el vacío que en esta parte se advierte hasta aun en nuestros dias.

Hemos dado al marqués de Santa Cruz el título de *fundador de la Academia de la Historia*, que habrá llamado la atencion de nuestros lectores, porque, en nuestro concepto, él fué quien concibió la idea de formar aquella corporacion, á semejanza de otra que acababa de inaugurarse en Turin, en donde á la sazón se hallaba D. Alvaro de embajador. Y no solo animó á varios nobles y literatos españoles á llevar á cabo aquel proyecto, sino que les indicó los medios de realizarlo y les trazó un estenso plan de las tareas en que debían ocuparse; siendo la principal la formacion de un diccionario critico, histórico, geográfico, á cuyo fin repartió el trabajo entre los varios individuos que componian la sociedad, dando á cada uno excelentes consejos que prueban su inmensa erudicion.

Citaremos en apoyo de nuestra opinion un opúsculo que existe impreso titulado «Últimas ideas del marqués de Santa Cruz para compartir las memorias y efectuar el trabajo de un diccionario histórico geográfico. Con distincion de si ha de ser bajo un solo alfabeto ó de muchos. Aviso para la mas fácil ejecucion del Diccionario Universal.» En cuyo capítulo XVIII se lee: «El contesto de los muchos diccionarios que se hallan impresos, quitando la duplicacion que unos hacen de lo que otros dicen, se reducirá á menos de una cuarta parte de lo que juntos todos cuestan de compra y lectura, con que el formar de ellos uno solo seria de grande alivio y ahorro á los curiosos. Las mayores ventajas que de tal obra en español resultarian á España, quedan ya espresadas. Casi todos los diccionarios impresos fueron compuestos por hombres doctos, y corregidos y aumentados por centenares de personas eruditas que subintraron al trabajo para las muchas reimpressiones que se hicieron de aquellas obras, y en lugares de copiosas librerías.» Aconseja después formar un solo diccionario de todos los ya publicados, de los cuales cita hasta cuarenta y siete, y concluye su proyecto de diccionario de un modo que manifiesta lo sencillo y generoso de su carácter. Dice así: «Entre el diccionario de la edicion de Moreri de 1723 y el de Trevoux de 1721, los cuales juntos componen once volúmenes, abrazan lo principalísimo de cuanto contienen los demas diccionarios. Si aun el trabajo del anterior capítulo pareciere pesado á mis amigos de España, animense á lo menos, en servicio de la nacion, á formar una obra de las dos espresadas, que vendrá á quedar en ocho tomos, quitando á Moreri la difusa relacion de genealogías y troneando lo que una obra duplica de lo que en la otra se halla. *Prometo adelantar los gastos de la imprenta y componer yo uno de los tomos, y dejaré á mis compañeros toda la ganancia, siendo para mí sobrada la que nuestra patria logre la obra y entre con el tiempo en el gusto de mejorarla.*

Cuando tambien á esta proposicion rehusen el oído mis paisanos, puedo llorar su literaria negligencia; pero no escusarles el sonrojo de que los caballeros de la corte de Turin y algunos otros habitantes de la

misma, emprendan por entero un trabajo para cuya parte no se presenta bastante número de hombres de tantas provincias como España tiene, habiendo en ella centenares de sujetos capaces de mayor asunto.

Estas son las razones en que nos apoyamos para dar al vizconde del Puerto el título de Fundador de la Academia de la Historia, pues si ha merecido el marqués de Villena el de Fundador de la Academia de la Lengua solo porque aconsejó su creación, con mayor motivo le es debido á aquel, pues no solo invitó y animó á los caballeros españoles dándoles en cara con el ejemplo de los de la corte de Turin, si que además formó el plan de sus tareas, las repartió entre ellos, les indicó la marcha que habian de seguir en sus trabajos, y se ofreció generosa-

mente á costear la obra, á pesar de los excesivos gastos que ocasionaba entonces una empresa de esta naturaleza. Ciertamente es que la Academia de la Historia no fué creada hasta algunos años después de la muerte de Santa Cruz; pero indicándose en el decreto de erección que el objeto de su formación era el de componer un diccionario histórico, debemos creer que no se hizo mas que seguir la idea dada por aquel, para cuya realización habia trabajado tanto. Así pues, la Academia de la Historia le debe en justicia una indemnización por el olvido en que le ha tenido, así como la de la Lengua está en obligación de demostrar con algun acto ostensible el aprecio que la merece su creador el ilustre marqués de Villena.

JOAQUIN DE MALDONADO Y MACANÁZ.



(Los huérfanos.)

LOS CAFÉS.

Progresamos, adelantamos: ¿quién lo duda? ¿Habrá quién se atreva á poner en parangon las antiguas botillerías con los modernos cafés? ¿Qué valen la aloja, el agraz ni la leche amerengada al lado de un barquillo relleno de fresa ó de un quesito helado de Chantilly? ¿Qué comparación admiten las mesas de pino, los bancos cojos, las paredes ahumadas y los faroles de reverbero de la subterránea botillería de Canosa, con las mesitas de mármol, los blandos taburetes, los espejos, elegante empapelado y lámparas de gas del Suizo ó de la Esmeralda?

Nada hay en el mundo mas sintético, mas enciclopédico, mas omnibus que un café donde se come, se bebe frio y caliente, se juega, se lee, se charla, y sobre todo se mata el tiempo. Matar el tiempo, hacer tiempo, hé aquí dos *ocupaciones* sabrosísimas para todo buen español que siente correr por sus venas la sangre de los voluptuosos árabes, ó de los ya afeminados hijos del rey Vamba.

Por supuesto que esto de hacer tiempo es una ironía, un *contraria contrariis* alopático, un al revés te lo digo para que me entiendas, un contrasentido tan de marca mayor y tan de bulto como el de llamar pelon al que no tiene pelo, y rabon al animal que carece de rabo.

Aquí hacer es sinónimo de no hacer; se hace tiempo como se suelen hacer economías, reformas y mejoras, es decir, dejando las cosas como estaban, ó peor si á mano viene.

Está probado que en España los dias son mas largos que en lo restante del globo; lo cual unido á nuestra fabulosa afición al trabajo y á nuestra nunca bien ponderada prontitud para dar cima á cualquier empresa, es causa de que de las veinticuatro horas siempre

en suma total nos quede mas de la tercera parte *de plus, de descanso*; una superabundancia de tiempo que el barbero mata leyendo algun periódico, el oficinista limpiándose las uñas con el cortaplumas, el cochero roncando sobre el pescante, la jovenzuela atusándose las cocas, el autor dramático fumando en el cuarto de las actrices, y el estudiante en la parada ó mirando los escaparates de las tiendas.

Matamos el tiempo con la misma facilidad con que lo dejamos todo para mañana, y con la misma fé con que copiamos al pié de la letra usos, trajes y necesidades de nuestros vecinos ultrapirenaicos.

¿Qué alegron no hubieran tenido nuestros abuelos con el descubrimiento de este nuevo perdedero de tiempo? ¿Y cuánto no se hubieran chupado y rechupado los dedos después de un rico vaso de ponche á la romana ó de un delicioso *biscuit*? Verdad es que, sobradamente cucos, sabian irse á la tardecita á matar el tiempo á casa de algun amigo, donde segun costumbre tradicional, se servia á cada uno de los presentes un vaso de agua con esponjado, un pocillo de chocolate con bizcochos y una tacilla de dulce con gran contento de mas de un gastrónomo que solia repetir la misma funcion masticatoria en el cuarto de al lado; pero aparte de ser este un modo sumamente espuesto á una bancarota estomacal, carecia del tiute republicano y anti-ceremonioso de estos focos de animación y de chismografía que llamamos cafés.

Y aquí cúmplenos á fuer de españoles caballeros como pocos, y amantes de faldas cual ninguno, declarar á son de trompa y de clarín ante la faz del universo, que las mujeres podrán hacer tiempo en sabrosa contemplación delante del espejo, telegrafaseando desde el balcón, yendo á las novenas y misiones ó espulgando á sus perritos; pero nunca lo matan delante de una botella de cerveza ó de una mesa de billar.

Los cafés, que mas de una niña mandaria demoler, han sido la muerte de las tertulias de confianza en que se jugaba á la lotería,

á la peregrina ó á la mona; han hecho que los hombres, aproximándose unos á otros, encuentren mas placer en murmurar, mentir y votar á sus anchas sin miramiento de ningún género, que en apurar el diccionario de galantería y piropos al lado de una muchacha, ó en sostener una conversacion insulsa y fastidiosa con las señoras mayores. El sexo feo, egoísta como él solo, huyendo de la estremada finura para con las damas, del quiotismo, en una palabra, suele caer á menudo en el extremo opuesto, es decir, en la grosería y poca delicadeza.

Un café, sobre todo de noche, es un invernáculo, una estufa donde en medio de una atmósfera densa y sofocante se ven infinidad de plantas y de flores; allí estan los hombres *alcachofas*, léase pedantes, todo desperdicios, muchas palabras y ninguna sustancia; allí los *girasoles* políticos que convergen hácia el sol que mas calienta; allí los hombres *enredaderas*, mineros, bolsitas, agentes, etc., etc., que enredan en sus lazos á los incautos hijos de Eva; allí las fastidiosas *ortigas*, vulgo pollos, que solo sirven para estorbar y desgarrar honras ajenas; y allí por fin se encuentran varias otras especies tan abundantes como desconocidas en la Flora botánica.

«Mirad: veis aquella mesa que rodean un caballero, una señora, dos niños, una jovenzuela y una criada? Pues es la familia en masa, de D. Hipólito, honrado comerciante de la calle de Postas, que, como día de fiesta, ha sacado su gente á paseo, y por vía de merienda les convida á refrescar. ¡Qué fisonomías tan placenteras! ¡qué miradas tan significativas dirigen hácia el mostrador, desde donde debe partir el convoy de leche amerengada, bizcochos y barquillos que ya los tiene con la boca hecha agua! Todos se aprestan para el asalto. La jóvenita se descalza los guantes, los niños se ponen de rodillas sobre sus asientos para poder maniobrar con mas desembarazo, D. Hipólito sacude con el pañuelo, y sopla las migas que á despecho del paño del mozo quedaron sobre la mesa; su consorte se ocupa en indagar la profundidad de su faltriquera, para llenarla á su tiempo con los restos del festín, y la criada, que solo de higos á brevas se encuentra en tales gaudiamús, arrima la silla cuanto puede al centro de las operaciones.

(Concluirá.)

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

LAS ANIMAS.

CUENTO ANDALUZ.

(Conclusion.)

Fuése después á la tercera vieja, á la que preguntó por qué tenía los ojos tan reventones y tan encarnados.

—Hijo mío, contestó esta retorciéndolos, es de tanto coser, y agachar la cabeza sobre la costura.

No bien había dicho estas palabras, cuando estaba el indiano al lado de su mujer, á quien decía: agarra las agujas y el hilo y échalos al pozo, y ten entendido que el día en que te vea coser una puntada me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarmenta.

Y, señor D. Fernan, ya está mi cuento rematado: ojalá os haya gustado!

FERNAN. Mucho, tía Sebastiana, mucho; pero lo que veo, es que las ánimas á pesar de ser benditas, son en esta ocasion unas picarillas.

TIA SEBASTIANA. ¡Señor! ¿y va su mercé á buscar doctrina en un cuento como si fuera un ejemplo? Señor, los cuentos no son mas que *reideros* sin preceptos y sin enseñanza. De todo quiere Dios un poquito.

FERNAN. Verdad es, tía Sebastiana; mejor dice Vd. con su sencillo buen sentido, que pueden pensar otros con su culto criterio: pero, tío Romance, no me voy sin mi correspondiente chascarrillo, y este á Vd. toca contármelo. ¿No me ha dicho Vd. otras veces que todos somos devotos de *Santo Tomás*? Pues si lo es Vd., allá van estos habanos como ofrenda al santo.

TIO ROMANCE. Por no desairar á su mercé...

FERNAN. Pero quiero el chascarrillo; me hace falta para mi intento.

TIO ROMANCE. Ya! su mercé lo quiere por aquello de que sin un ochavo no se hace un real; pues vamos allá. Ya que de ánimas se platica, vaya de ánimas. Había un mayordomo de su cofradía, que era un pan perdido; siempre le faltaba un bocado como á la oveja; de manera que no tenía capa y andaba siempre dando diente con diente y aterido de frío: ¿qué hace? sin decir chuz ni muz ni chagueberraque, cogió dinero del fondo de las ánimas y se mandó hacer una capa, con la que paseaba por las calles tan en sí y tan pechisacado, como

los ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Pero sucedía que no daba un paso que no le tirasen un tiron de la capa, y por mas que miraba no veía quién; no bien se la subía sobre el hombro izquierdo, cuando la tenía caída del hombro derecho; de conformidad que sin estarlo llevaba planta de borracho; por lo que se lo llevaba pata de puya.

Iba mohino con esta gelera y haciendo sumarios de lo que aquello podría ser, cuando se encontró con un amigo y compadre suyo, que era mayordomo de la hermandad del Santísimo, que venia tan recompuesto, llenando la calle y diciendo: *yo soy, yo soy*. ¿Qué tiene Vd., compadre, le dijo cuando emparejaron, que hay días que lo veo tan *pardilloso*? ¿Qué he de tener? contestó este subiéndose la capa por el hombro derecho, mientras se le escurría por el izquierdo; ha de saber Vd. que á entradas de invierno me hallé apuradillo; había sembrado un pegujar y no le ví el color; mi mujer parió dos niños, cuando uno que hubiese parido estaba demás donde hay otros nueve; la costó el parto una enfermedad y á mi los ojos de la cara; en fin, me ví como las buenas mozas en Cuaresma, sin un cuarto y con mas hambre que un ministro; de manera que no tuve mas remedio que *empresarle* á las ánimas para mercarme esta capa. Pero no sé qué demonios tiene, que siempre que la tengo puesta parece que me estan tirando de ella; tiron por aquí, jalon por allá; ni con dos clavos timoneros me se quedaría sujeta en los hombros.

Su culpa de Vd. es, compadre, respondió el otro. Si Vd. *empresase* á un señor poderoso, grande y dadivoso como yo, no había de andar apremiado y acosado por la deuda; pero si *empresta* Vd. de unas pobrecillas, miserables y necesitadas, ¿qué han de hacer las infelices sino andar tras de lo suyo, que les hace falta?

FERNAN CABALLERO.

UN AMIGO INTIMO.

VIII.

Acabada la lectura del maldito saineton, quiso saber mi dictámen su malditísimo autor.

Yo estaba ya tan cargado de soberbia y de razon, al cabo de unas diez horas que la lectora duró.

Y tales ganas tenía de tronar con el atroz *amigo*, que lisamente le dije así mi opinion:

«Ese drama es muy malo, y aun francamente, con lo que digo temo ser indulgente.

En cuanto al verso, ya no diré que es malo, sino perverso.

Así pues, buen *amigo*, yo se lo ruego, no escriba usted mas dramas y eche este al fuego; pues, voto á crispo, usted será poeta cuando yo obispo.»

Esto dije y esta fué mi firme resolucion, por ver si haciendo justicia al drama y al escritor tronábamos para siempre, que es lo que esperaba yo con tal dureza espresando mi cólera y mi opinion:

Pero mi funesto *amigo*, que si no es hombre de pró quiere parecerlo á veces, dijo con serena voz:

«Aunque me deja perplejo quien me habla con tal dureza, agradezco su franqueza y adoptaré su consejo.

Si señor, yo se lo digo; su sátira en mí se ceba, pero me ha dado una prueba de ser mi mejor *amigo*.

Y yo, aunque pese al averno,
juro que desde este instante
seré su amigo constante,
inseparable y eterno.

Con gusto le vendré á ver
á las horas de almorzar
y á las horas de comer
y á las horas de cenar.

Si en paseo á usted lo ven,
me verán en el paseo;
y si usted va al coliseo
allí estaré yo también.
En fin, no me ando en chiquitas,
y juro por esta cruz
que le faltará la luz
primero que mis visitas.»

Dijo, y me cogió la mano,
y me dió un fuerte apretón,
y ofreciendo volver pronto
mi amigo se retiró!

El efecto que en mí haría
su horrenda peroración
es cosa... de las que dejó
para el benigno lector.

IX.

--Ya puedo respirar, sí, ya estoy libre,
dije viéndome solo; el cancerbero
no tardará en volver, mas con la puerta
le daré en los hocicos y *laus-deo*.

Al fin podré entregarme á mis tareas,
y ganaré sin duda algunos pesos,
que desde que á mi amigo le conocí
ya casi desconozco á D. Dinero.—

Tales eran las bellas ilusiones
á que yo me entregaba en el momento
de entregarme, juzgando que bastaba,
para ver realizados mis deseos,
mi voluntad; mas el destino fiera,
que no siempre ha de ser destino fiero,
como si yo su saña provocase
desbarató de un golpe mis proyectos.
Un hombre, mas ¿qué digo? no era un hombre
la vision infernal que mis tormentos
vinó á multiplicar; era el tal ente,
alguacil sobre poco mas ó menos.

¿Qué se ofrece? le dije.—Es necesario
que usted me siga.—¿Adónde?—Al Saladero —
Llámasa saladero ¡oh mis lectores!
allá en Madrid, adonde pasa el cuento,
una casa en que hoy pudren á los hombres
y antiguamente se salaban cerdos:
Es la cárcel, en fin, y á esta vivienda
fui yo á dar con mi carne y con mis huesos,
sin conocer de mi prision la causa
en mas de un mes que estuve en un encierro.

Vino por fin un juez: entonces supe
la razon del atroz procedimiento
que á vivir en prision me condenaba,
tratado cual se trata á un bandolero.

¿Y qué creerán ustedes del motivo
de mi prision? Mis mañas conociendo
cualquiera pensará que me prendian
por escribir en contra del gobierno.

Pues no señor, la imprenta no era causa
de mi persecucion, y el ministerio
no soñaba en tramitar conspiraciones
para inundar en lágrimas al pueblo.

Otra era la razon, otro el motivo
de procesarme y mantenerme preso;
de un delito comun se me acusaba,
¡de un delito comun!... delito horrendo!!!

Quise saber por qué estaba en la cárcel,
y el juez me contestó que *por un duelo*,
y entonces conocí los sinsabores
á que me condenaba el juez severo,
por ir como padrino á un desafío,
en que sufrí porrazo tan tremendo
y de esta nueva y triste desventura,
de este fatal y amargo contratiempo.

¿Quién tenía la culpa? ¿Quién! ¡Mi amigo!
Aquel diablo feroz que el hado adverso
para turbar la paz de mis placeres
encajó de mi vida en el sendero.

Pero él estaba preso, y su contrario
y el padrino también, y este proceso
después de cinco mil declaraciones,
con otras tantas citas y careos,
nos tuvo treinta meses en la cárcel,
y aunque al cabo logramos ser absueltos,
nos condenaron á pagar las costas
á mi amigo y á mí: quinientos pesos
importaba no mas; mi buen amigo
se declaró insolvente, y por supuesto
yo pagué por los dos y aun por los cuatro,
teniendo que empeñar hasta el sombrero.
Pero sali por fin, y mi cuidado
cuando libre me vi de aquel infierno,
fué ver si en mi cabeza encontraría
de reparar mi suerte honrosos medios.
Un día los hallé: «pronto, á mi mismo
me dije, lograré gloria y provecho
si un periódico doy que al pueblo enseñe
á conocer las faltas del gobierno.

Nadie en la oposicion obtiene honores
ni alcanza cruces ni consigue empleos;
pero yo puedo en ella hacer pesetas,
la razon y las leyes defendiendo.
¡Viva la oposicion! A ella me lanzo,
ella es mi fé, mi vida, mi elemento!
¡Leña á los mandarines, sanguijuelas
que se chupan la sangre de los pueblos!»
Poseído de hélico entusiasmo
voy á entrar en la lid, el arma apresto
con el ardor de la inmortal Marfisa
cuando embistió ella sola á diez guerreros.

Ya editor y depósito esperaban;
ya iban á tirar carteles y prospecto,
cuando vino mi amigo maldecido
á dar á Barrabás con mis proyectos.
«Deme usted, exclamó, la enhorabuena;
de mi dicha la senda he descubierto;
sí, ya puedo decir, si usted me ayuda,
que la fortuna asegurada tengo.

—¿Y qué puedo yo hacer?—Mucho, mi amigo,
usted puede á mi mal poner remedio:
el caso es que hay vacante en mi provincia
un destino en el ramo de correos;
yo sé que usted es amigo del ministro
y... no hay mas que decir.» En el momento
confesaré, lectores, que aquel hombre
un dardo agudo me clavó en el pecho.
Yo le quisiera conceder mi apoyo,
recomendarle en fin, darle un empleo;
mas ¿cómo ya de oposicion escribo
debiéndole un favor al ministerio?
Renunciar á escribir es una droga,
quizá es mi porvenir lo que aquí pierdo;
pero este mozo, dije, hace tres años
me aniquila tal vez sin conocerlo.

Ya es triste que á mi cuenta vista y coma,
pues yo le pago el sastré y le mantengo;
mas no es esto en verdad lo que me aburi
lo que me quita, al verle, hasta el aliento.
Es su sombra fatal que me persigue
en mi casa, en la calle, en el paseo;
es que al café me sigue y al teatro
sin darme libertad por un momento;
es que si una mujer me da una cita,
ó renuncio á la cita ó al secreto,
porque no me es posible dar un paso
si conmigo no va mi compañero.
¿Quid faciendum? No hay duda, voto á
satisfaga mi amigo sus deseos,
y cobre yo con su anhelada ausencia
mi libertad y mi reposo á un tiempo.
Dije, y le di la carta que quería,
y el ansiado destino obtuve luego,
y mi amigo partió, dejando mi alma
descansada y tranquila; pero... miento,

que aunque nunca he querido, escarmentado,
contestar á las cartas de aquel necio,
él me ha estado escribiendo desde entonces
tres pliegos de papel cada correo.

X.

CONCLUSION.

Medio año va á hacer ya que el hado impio
lanzóme á tierra estraña,
y renunciar acaso para siempre
debo al cielo benéfico de España.

Fijo solo en la huida
cuando á mi patria di la despedida,
estuve luego un tiempo vacilante
sin saber, en sustancia,
si seguir adelante
ó aclimatarme en Francia.

Tan pronto el pensamiento ambicionaba
recorrer el Oriente;

tan pronto hácia la América bogaba
mi acalorada mente,
que de golpe y porrazo
se zampaba en el monte Chimborazo.

Consejo pedi luego á la prudencia,
y en la Francia fijé mi residencia.
Aquí vivir espero, francamente,
de la injusticia ausente,
sin que á muchos mi musa mortifique,
sin que algun zampatortas me critique,
y al abuso insolente
del comercio social poniendo un dique.

Mas... no sé lo que digo;
ya me entregaba á locas alegrías,
cuando no hace tres dias
que recibí esta carta de mi amigo:

«Caro amigo: En este instante
estoy que el diablo me lleva,
pues cual rayo fulminante
recibo la mala nueva
de haber quedado cesante.

Me recuerda este revés
que nuestro amistoso lazo
estrecha el desinterés,
y pienso darle un abrazo
antes de que acabe el mes.

Esto calma mi dolor,
y aun al gobierno bendigo,
que me otorga tal favor...
queda de usted... servidor
inolvidable—EL AMIGO.

Tal es, caros lectores,
la epístola fatal que hace tres dias
de España recibí; ya mis temores
disiparon mis locas alegrías.
No sé, y os hablo aquí sin ceremonia,
si tenderme en el surco,
ó buscar un refugio en Patagonia,
ó meterme á vasallo del gran turco.
Ya solo sé que huyó la dicha mía,
que es la fortuna á mi existir contraria,
y que toda la noche y todo el dia
repito sin cesar esta plegaria:

«Frailes en mis negocios se entremetan,
luevan sobre mi parva demandantes,
moléstennme busconas vergonzantes;
cuñada y suegra juntas me acometan;
gitanos su ventura me prometan,
mi casa sea escuela de danzantes,
y en mi cabeza tercios litigantes
el ser y estado de sus pleitos metan.

Ofrézcame una vieja sus verdores,
causen mis penas pasatiempo y risa,
venga el invierno y cójame en camisa,
haya en mi muerte junta de doctores;
atáquenme mil males de repente...
libreme Dios de un tonto solamente.»

J. M. VILLERGAS.

